

Bertolt Brecht

Los días de la Comuna

Turandot

O

El congreso de
los blanqueadores

(Teatro completo, 11)

Traducción de Miguel Sáenz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Tage der Kommune. Turandot oder
Der Kongreß der Weißwäscher*

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda de
Inter Naciones Bonn

Primera edición: 2001
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto
Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag, 1957, 1967. Todos los derechos reservados
y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción: Miguel Sáenz
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-056-8
Depósito legal: M. 2.310-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 09 Los días de la Comuna
- 115 Turandot o El congreso de los blanqueadores
- 209 Observación sobre *Turandot*
- 211 Acerca de las obras recogidas en este volumen

Los días de la Comuna

Colaboradora: R. Berlau

PERSONAJES

Madame Cabet, costurera. Jean Cabet, joven obrero, su hijo. «Papa», guardia nacional, cincuenta años. Coco, guardia nacional, su amigo. El señor corpulento. El mozo. Un coracero alemán herido. Dos niños. Thiers. Jules Favre. Un ayuda de cámara. Babette Cherron, costurera, amiga de Jean Cabet. François Faure, seminarista, ahora en la guardia nacional. Philippe Faure, su hermano, panadero, ahora soldado regular. Geneviève Guéricault, joven maestra. La panadera. Tres mujeres. Pierre Langevin, obrero, delegado de la Comuna. Beslay, Varlin, Rigault, Delescluze, Ranvier, delegados de la Comuna. Cuatro alcaldes. El recaudador de impuestos. Su mujer. Vendedor de periódicos. Una aristócrata. Su sobrina. El marqués de Ploeuc, gobernador del Banco de Francia. Un eclesiástico grueso. Un portero. Un mendigo anciano. Un oficial de la guardia nacional. Bismarck. Guy Suinty, novio de Geneviève Guéricault, alférez regular. La mujer agonizante. Guardias nacionales. Delegados de la Comuna. Soldados regulares. Hombres y mujeres.

1

Alrededor del 22 de enero de 1871. Ante un pequeño café de Montmartre, en el que se ha instalado una oficina de reclutamiento de la guardia nacional. Junto al café, un letrado: «¡Ciudadanos! ¡Entrad en la guardia nacional!». Sentado a una mesa, ante el café, un señor corpulento de abrigo grueso habla con el mozo. Delante discuten dos niños, que llevan una caja de cartón. Cañonazos.

MOZO. Monsieur Bracque ha estado ya tres veces, preguntando por usted.

EL SEÑOR CORPULENTO. ¿Qué? ¿Bracque aquí, en París?

MOZO. Sólo por poco tiempo. Ha dejado un mensaje, monsieur.

EL SEÑOR CORPULENTO, *lee*: No hay forma de estar tranquilo en París. ¡Precios, porcentajes, comisiones! Bue-

no, así es la guerra, cada uno contribuye a su manera. ¿Conoce a alguien que se ocupe de ciertas gestiones, alguien valiente, pero de confianza? Las dos cosas rara vez van juntas, ¿eh?

MOZO. Alguien habrá. *Recibe una propina.* ¿Prefiere monsieur realmente esperar aquí, con este frío?

EL SEÑOR CORPULENTO. Desde hace algún tiempo el aire está muy viciado en su establecimiento.

MOZO, *mirando el letrero: «¡Ciudadanos! ¡Echad a los prusianos! ¡Entrad en la guardia nacional!»:* Comprendo.

EL SEÑOR CORPULENTO. ¿De veras? Si pago ochenta francos por mi almuerzo, no tengo por qué oler todo el sudor de los suburbios. Y quédese cerca, por favor, para mantener alejada a esa *—refiriéndose a los niños—* canalla.

Entran una mujer pobremente vestida y un joven obrero. Entre los dos llevan un cesto. Los niños dicen algo a la mujer.

MADAME CABET. No, no quiero nada. Bueno, quizá más tarde. ¿Conejo dices? Jean, ¿qué te parecería un asado este domingo?

JEAN. No es conejo.

MADAME CABET. Pide catorce francos y medio.

NIÑO. Es carne fresca, madame.

MADAME CABET. Antes tengo que ver cuánto nos pagan hoy. Esperad aquí, niños, quizá me quede con la carne. *Quiere seguir pero del cesto caen algunas escarape-las.* Ten más cuidado, Jean, seguro que hemos perdido

algunas en el camino. Tendré que hablar otra vez por los codos para que no se den cuenta al contarlas.

EL SEÑOR CORPULENTO. ¡Por todas partes negocios! Negocios, negocios, ¡mientras los prusianos hacen la guerra!

MOZO. Negocios pequeños y grandes, monsieur.

Al fondo se oyen pasos marciales y alboroto.

EL SEÑOR CORPULENTO. ¿Qué es eso? Tú, corre allá y mira qué pasa, te ganarás cinco francos.

Un niño sale corriendo.

MADAME CABET. Traemos las escarapelas, Emile.

MOZO. Monsieur tiene una pequeña comisión para su Jean, Madame Cabet.

MADAME CABET. Ah. Muy amable. Jean lleva dos meses sin trabajo. Es maquinista de tren, y los trenes no funcionan ya. ¿No te gustaría, Jean?

JEAN. No me gustan las comisiones, madre, lo sabes.

MADAME CABET. Disculpe, Jean es de lo mejor que hay, pero tiene sus opiniones. Le pasa un poco como a su difunto padre.

Entran el cesto en el café.

EL SEÑOR CORPULENTO. Esta guerra no durará mucho. Créanme a mí, Aristide Jouve. Se han hecho todos los negocios que se podían hacer con la guerra. Ya no queda nada.

Bajando por la calle, entran cojeando tres guardias nacionales que vienen de luchar en los fortines. El primero, «Papa», es un albañil de mediana edad; el segundo, Coco, un relojero; y el tercero, François Faure, un joven seminarista que lleva el brazo en cabestrillo. Traen consigo a un coracero alemán prisionero, con un vendaje en la barbilla.

LOS NIÑOS. ¡Un Fritz! –¿Te han dado una buena paliza, eh? –¿Podemos tocarle las hombreras, messieurs?

«PAPA». Como queráis.

LOS NIÑOS. ¿Van bien las cosas allí?

«PAPA». Sí, ¡para los prusianos!

NIÑO. ¡Dicen que el Gobernador no se rinde!

«PAPA». En cualquier caso, ante los franceses no, hijo. ¿Cómo se dice? ¡Muera el go...!

LOS NIÑOS. ¡... bernador!

«PAPA», *al mozo*: Tres vinos; no, cuatro.

MOZO. Muy bien. El patrón insiste en que se pague por adelantado. Cuatro vinos son doce francos.

COCO. Pero hombre, ¿no ves que venimos de la guerra?

MOZO, *sin levantar la voz*: Doce francos.

COCO. Está loco.

«PAPA». No, no están locos; estamos locos nosotros, Gustave. ¡Está loco el que pelea por un franco y medio al día! Eso es lo que cuesta aquí medio vino, ¿no? ¿Y además pelea con qué? ¿De qué manera? *Le pone al señor corpulento el fusil ante las narices*. Esto es un fusil de retrocarga de los años cuarenta, pero suficientemente bueno para los nuevos batallones. Un fusil Chassepot decente que costaba setenta francos al Es-

tado costaría hoy doscientos. Pero con él se podría dar en el blanco, monsieur.

COCO. Vuelve a traer ese vino, cabrón, porque si no, ya verás. Nosotros defendemos París y vosotros, chupa-sangres, hacéis negocio con la bebida.

«PAPA». Monsieur, ¿no hemos echado a aquel apuesto, proclamado la República y formado la guardia nacional para que ahora se haga negocio con nuestro esfuerzo!

EL SEÑOR CORPULENTO. ¡Eso es: la anarquía! No queréis defender París sino apoderaros de él.

COCO. ¿Ah sí? Y París es tuyo y de los que son como tú, ¿no? *A «Papa»:* Este gordo tiene mucha gracia. O tal vez habría que decir que tiene mucha grasa. El asedio no parece sentarle nada mal, ¿eh?

EL SEÑOR CORPULENTO. Messieurs, parecen haberse olvidado de dónde está el frente.

Vuelve el niño que había salido corriendo.

«PAPA». ¿Cómo dice? *Al tercer guardia, el joven con el brazo en cabestrillo:* François, monsieur quiere decir que te has olvidado de dónde te hicieron ese arañazo.

COCO. Monsieur quiere decir que tenemos que seguir pensando en los Fritz aunque no nos den vino. Fritz, ¿qué opinas tú? En cualquier caso, tú no estás gordo. Camarero, un vino para este Fritz o lo destrozaremos todo. Cuatro vinos por dos francos, ¿me oyes?

MOZO. Muy bien. *Sale.*

EL SEÑOR CORPULENTO. ¡Usted se queda aquí, oiga!

LOS NIÑOS *cantan:* Fritz no está gordo. Fritz no está gordo.

EL NIÑO, *que ha vuelto*: Monsieur, lo que se oye es el batallón 207. No están nada contentos y van al ayuntamiento a ahorcar a los generales.

EL SEÑOR CORPULENTO. Messieurs, mientras los prusianos...

«PAPA». ¡Sí, mientras los prusianos! ¡El asedio! ¡Romped el cinturón de hierro, ciudadanos! ¡Derrotad a los prusianos y volveréis a tener patatas! Estamos empezando a comprender quién nos asedia. En primer lugar, vosotros y los que son como vosotros. ¿O es que son los prusianos los que suben el precio de las patatas?

EL SEÑOR CORPULENTO. Messieurs, los oigo discutir el precio de las patatas, mientras en las casamatas se lucha...

«PAPA». ¡Se lucha! ¡Quiere decir que se muere! ¿Sabe lo que está pasando? Estamos toda la noche tendidos en la lluvia y el barro de Mont Valérien. ¡Con mi reuma! El asalto empieza a las diez. Asaltamos el reducto de Montretout, el parque de Buzenval, asaltamos Saint-Cloud, penetramos hasta Garches. De los ciento cincuenta cañones sólo disparan treinta, pero tomamos Garches sin fuego que nos cubra, pasamos, los prusianos se retiran en desorden, y entonces nos gritan desde atrás: ¡retirada! Y Trochu hace evacuar Montretout y todas las posiciones que hemos conquistado. ¿Qué significa eso, monsieur?

EL SEÑOR CORPULENTO. Supongo que sus generales saben dónde concentra su fuego el enemigo.

COCO. Lo saben: envían allí a la guardia nacional, monsieur.

EL SEÑOR CORPULENTO. Basta. ¿Sabéis lo que estáis diciendo? ¿Acusáis de traición a vuestros mandos, los generales de Francia? ¿Qué pruebas tenéis?

«PAPA». Quiere pruebas, Gustave. Y no las tenemos. Salvo la muerte. Salvo que caemos como moscas. Muy bien, está usted muerto, monsieur comosellame. Tenga la bondad de probarnos que le han acertado en la cabeza. Diga algo y abriremos una investigación. Ah, ¿se calla? ¡Yo le pregunto cortésmente cuáles son sus pretensiones, monsieur comosellame, y usted no mueve ni un dedo!

EL SEÑOR CORPULENTO. Conocemos de sobra sus reivindicaciones y manifestaciones ante el ayuntamiento. ¡Los consabidos chantajes de la Comuna!

COCO. Siga. Tenemos tiempo. Estamos esperando todavía al 101 para que empiece el baile.

EL SEÑOR CORPULENTO. Lo que pasa es que no queréis pagar los alquileres. ¡Mientras Francia lucha a vida o muerte, vosotros pensáis en vuestros sueldos, en vuestras pensiones! ¡Decís que la mantequilla es demasiado cara! Pero cuidado, la paciencia de París se está acabando. *Los guardias nacionales guardan silencio.* ¡Vosotros sois los traidores! Pero leer vuestros periódicos empieza a no gustarnos, tenedlo en cuenta. Ya basta del egoísmo de cierto populacho. ¡Basta, basta!

El mozo vuelve con cuatro vasos de vino y una cacerola envuelta en una servilleta. El señor corpulento le hace gesto de que se aleje.

MOZO. Su pollo, monsieur.

COCO. Monsieur, ¡su pollo!

EL SEÑOR CORPULENTO. Voy a hacer que los echen. Estoy harto de vosotros y de toda la guardia nacional. Y no se atrevan a... *El señor corpulento se aleja precipitadamente.*

LOS NIÑOS. Monsieur, ¡los cinco francos! *Salen detrás del señor.*

MOZO. Messieurs, me permito invitarlos a un refrigerio. COCO *hace ademán de tenderle un vaso al coracero*: Toma, Fritz. Ah, maldita sea, no puedes, pobre desgraciado. Pues entonces, ¡a tu salud!

Beben. Salen del café madame Cabet y su hijo, llevando todavía el cesto.

JEAN, *al mozo*: ¿Dónde está el señor que quería encargarme algo?

El mozo le hace signo de que se calle. El joven guardia nacional herido reconoce a los Cabet.

FRANÇOIS. ¡Madame Cabet!

JEAN. ¡FranÇOis!

MADAME CABET. FranÇOis, ¿está herido? Tengo que rogarle que me pague su parte de alquiler. ¿Sabe? El Gobierno nos exige que paguemos los alquileres atrasados. Y por añadidura no me compran ya escarapelas. Estoy en la ruina, nos van a echar a la calle.

FRANÇOIS. Pero madame Cabet, no me han pagado el sueldo desde hace tres semanas. De momento las cosas me van también mal.

MADAME CABET. ¿Cuándo me pagarás? No se rían, messieurs, es mi inquilino.

COCO. Sí, François, ¿cuándo le pagarás? Madame, comprendemos sus temores. Sólo podemos decirle que en estos momentos dos batallones, tras dos días de ataques, se dirigen al ayuntamiento para hacer algunas preguntas delicadas al Gobierno.

«PAPA». Entre las cuales puede estar muy bien el aplazamiento de todos nuestros alquileres. Entretanto, sólo podemos invitarla, como pequeña deferencia por nuestra parte, a este pollo que un señor ha encargado pero no se ha comido.

Llevan a madame Cabet a la mesa que hay delante del café, le quitan al camarero de las manos la cacerola y sirven elegantemente a madame Cabet el pollo asado.

«PAPA». Mozo, el patrón haría bien en rogar desde ahora a la clientela distinguida que pagase por adelantado. Podrían ocurrir cosas que le impidieran comer tranquilamente. ¿Tendrás dificultades?

MOZO. Considerables, monsieur. Voy a tener que unirme a ustedes. ¿Pagará el Gobierno el pollo de madame Cabet? Sin duda dos batallones de la guardia nacional serán bastantes para que se acepte esa reivindicación.

COCO. ¡A su salud, madame!

«PAPA». ¡Que aproveche! El batallón 101 considera un honor tenerla por invitada.

MADAME CABET. Messieurs, son ustedes muy amables. Casualmente, hoy no tengo gran cosa dentro del estómago. El pollo es mi plato favorito. ¿Me permiten que dé algo a mi Jean?

JEAN. Tal vez interese saber a los presentes por qué no quieren ya escarapelas. Los funcionarios, teniendo en cuenta las nuevas instrucciones recibidas de la superioridad, consideran terminado el reclutamiento de nuevos batallones de la guardia nacional.

COCO. ¿Cómo? ¿Has oído eso, «Papa»?

«PAPA». No me afecta. Madame vendrá con nosotros al ayuntamiento.

COCO. ¿Ha comprendido, madame? «Papa» quiere que vayamos con él al ayuntamiento y enseñemos las escarapelas que no quieren ya. Meta ese pollo en el cesto.

FRANÇOIS. ¡Aquí llega también el 101!

Detrás y por encima de la valla se ve pasar al batallón 101, bayonetas con panes pinchados, banderas. Los guardias ayudan a madame Cabet a levantarse y se la llevan.

«PAPA», *hablando de Jean*: ¿Y qué pasa con ése? ¿Por qué no lucha? ¿Estamos demasiado a la izquierda los de los nuevos batallones?

MADAME CABET. Oh no, monsieur. Creo que demasiado a la derecha, con todas mis disculpas.

«PAPA». ¡Ah!

JEAN. Y considérenme desde ahora como uno de los suyos, messieurs. Su nuevo objetivo me convence.

«Papa» coge el quepis de François y se lo pone a Jean Cabet.

FRANÇOIS. Me he aburrido mucho sin ti.

Se alejan. El mozo arroja la servilleta sobre la mesita, apaga la lámpara y se dispone a seguirlos. Entonces ve al coracero, al que han olvidado. Lo abuyenta con ademanes, obligándolo a que siga a los guardias.

MOZO. Adelante, Fritz, adelante.

2

25 de enero de 1871. Burdeos. Thiers y Jules Favre conversan. Thiers está todavía en albornoz, comprueba la temperatura del agua de la bañera y hace que su ayuda de cámara eche agua caliente o fría.

THIERS, *tomándose su leche matutina*: Ya basta de guerra, ¡empieza a ser monstruoso! Se ha hecho y se ha perdido. ¿A qué esperan?

FAVRE. ¡Están las exigencias de los prusianos! ¡Herr von Bismarck habla de cinco mil millones de indemnizaciones de guerra, la anexión de Alsacia y Lorena, y de conservar los prisioneros y seguir ocupando los fuertes, hasta que todo se haya hecho a su satisfacción! ¡Es la ruina!

THIERS. Y las exigencias de esos parisienses, ¿no son la ruina?

FAVRE. Evidentemente.

THIERS. ¿Un café? *Favre dice que no con la cabeza*. ¿Leche como yo? ¿Ni siquiera eso puede? ¡Ay, Favre, si tuviéramos estómago aún! ¡Pero el apetito no cesa! Volviendo a Herr von Bismarck... ¡Es un estudiante

de cervecería que se ha vuelto loco! Y aumenta sus exigencias porque sabe que tendremos que aceptarlas, todas ellas.

FAVRE. ¿Tendremos realmente? Sin embargo, ¡las minas de hierro y de zinc de Lorena son el porvenir de la industria francesa!

THIERS. ¡Están arrojando al Sena a nuestros agentes de policía! ¿De qué nos servirán las minas de zinc y de hierro si tenemos a la Comuna?

FAVRE. ¡Cinco mil millones! ¡Es todo nuestro comercio!

THIERS. Eso es lo que cuesta el orden.

FAVRE. Y supone la supremacía de Prusia en Europa durante tres generaciones.

THIERS. ¡Y la seguridad de nuestro poder durante cinco!

FAVRE. Nos convertiremos en una nación de campesinos, ¡en este siglo!

THIERS. En los campesinos confío. Son el sostén de la paz. ¿Qué es para ellos la Lorena? ¡Ni saben dónde está! Debería tomar al menos un poco de agua, Favre.

FAVRE. ¿Es verdaderamente necesario? Me lo pregunto.

THIERS. Hasta un sorbo de agua es la vida. Simplemente un sorbo. Ah sí, bueno, también lo otro es necesario, absolutamente. Es el precio del orden.

FAVRE. Esos guardias nacionales son la desgracia de Francia. Hemos hecho el sacrificio patriótico de armar al populacho contra los prusianos, y ahora usa esas armas... contra nosotros. Todo eso es cierto, pero ¿no lo es también, no podría decirse que esa gente defiende París, que en definitiva lucha?

THIERS. Mi querido Favre, ¿qué es París? En esos círculos se habla de París como de un santuario que sería mejor

incendiar que rendir... y olvidan que se compone de valores, lo olvidan porque ellos no tienen nada. La chusma está dispuesta a hacer saltar todo por los aires... porque no es suyo. Grita pidiendo petróleo, pero para la autoridad, para nosotros, París no es un símbolo sino una propiedad... Incendiarla no es defenderla.

Se oyen pasos marciales. Los dos hombres se inmovilizan. Thiers, demasiado excitado para hablar, hace gestos al ayuda de cámara de que se acerque a la ventana.

AYUDA DE CÁMARA. Una de nuestras compañías de marinos, monsieur.

THIERS. Si creen que podré olvidar esta humillación...

FAVRE. Pero Burdeos está tranquilo, ¿no?

THIERS. ¿Qué quiere decir tranquilo? ¡Quizá tranquilo sea demasiado tranquilo! ¡Qué ejemplo! Favre, hay que exterminarlos. En nombre de la cultura, hay que aplastar contra el pavimento a esas bocas sucias. Nuestra civilización se basa en la propiedad, y hay que proteger ésta a cualquier precio. ¿Se atreven a decirnos qué tenemos que darles y qué nos podemos quedar? ¡Venga el sable, la caballería! Si sólo un mar de sangre puede limpiar París de esos bichos, que sea un mar de sangre. ¡Mi servilleta!

El ayuda de cámara le da la servilleta. Thiers se limpia la espuma de la boca.

FAVRE. Se excita usted, ¡piense que su salud es preciosa para todos nosotros!

THIERS, *abogándose*: ¡Y vosotros les habéis dado armas!

Desde aquel momento, desde la mañana del 3 de septiembre, no he pensado en otra cosa: cómo terminar la guerra, rápida, inmediatamente.

FAVRE. Por desgracia luchan como diablos. El bueno de Trochu tiene razón: la guardia nacional no atenderá a razones mientras no se hayan desangrado diez mil de sus hombres, así es. Los manda a la carnicería como bueyes, para domar su orgullo. *Dice algo al oído a Thiers.*

THIERS. No, puede oírlo; Hyppolite es un patriota.

FAVRE. Puedo asegurarle, monsieur Thiers, que en eso tiene toda la simpatía de Herr von Bismarck.

THIERS, *secamente*: Me alegro de oírlo, después de haber llegado a mis oídos que me negaba hasta el talento de un tratante de caballos, y eso, ¡después de haberme conocido personalmente!

FAVRE. Son impertinencias que no tienen nada que ver con su verdadera opinión sobre usted.

THIERS. De mí puedo decir que estoy por encima de lo personal, mi querido Favre. Me interesa cómo piensa ayudarnos Herr von Bismarck.

FAVRE. Me propuso personalmente que se dieran a la población, inmediatamente después del alto el fuego, algunos suministros, pero se la dejara luego otra vez a media ración, hasta que hubiera entregado las armas; en su opinión, eso sería más eficaz que un hambre ininterrumpida.

THIERS. No está mal. Recordar a los parisienses a qué sabe la carne. Nunca he negado que Herr von Bismarck tuviera talento.

FAVRE. Incluso detendrá a las empresas berlinesas interesadas en suministrar víveres a París.

THIERS. Una parte del talento consiste en el valor, ¿no, Favre? Además, obligaremos a los prusianos a ocupar los suburbios en donde la guardia nacional ha instalado sus cañones.

FAVRE. Eso está muy bien, excelente.

THIERS. Supongo que, además de Herr von Bismarck, hay otra gente con talento. Por ejemplo, incluiremos también en las capitulaciones que el primer plazo de las indemnizaciones de guerra, o sea 500 millones, no se pagará hasta la pacificación de París. Eso hará que Herr von Bismarck tenga interés en nuestra victoria. Por lo demás, me gustaría que se utilizara más la palabra pacificación, es una de esas palabras que lo explican todo. ¡Ah sí, las indemnizaciones de guerra! Hyppolite, puedes dejarnos.

AYUDA DE CÁMARA. El baño tiene la temperatura adecuada, monsieur. *Sale.*

THIERS. ¿Qué se ha previsto para esas sumas?

FAVRE. Se ha propuesto que algunas empresas alemanas, especialmente Herr von Bleichröder, banquero privado de Herr von Bismarck, financien las indemnizaciones de guerra. Se ha mencionado una pequeña comisión... Naturalmente, como miembro del Gobierno, he rechazado recibir un porcentaje.

THIERS. Naturalmente. ¿Se han dado cifras?

Favre escribe una cifra en un papel. Thiers lo coge y lo lee.

THIERS. Imposible.

FAVRE. Lo que le decía.